



CARLOS SÁ MAYORAL

Miguel de Unamuno:
¿muerte natural o crimen de Estado?

Henry Miller y Francisco Franco
en la desaparición del escritor

IV Premio Internacional Cuadernos del Laberinto
de Historia, Biografía y Memorias, 2023



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

COLECCIÓN ANAQUEL DE HISTORIA nº 15

MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © CARLOS OLIMPIO MAYORAL SÁ

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

De la presentación © FERNANDO R. DE LA FLOR

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Imprenta: Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: Septiembre 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-44-0
Depósito legal: M-28331-2023

Impreso en España.

IV PREMIO INTERNACIONAL CUADERNOS DEL LABERINTO DE HISTORIA, BIOGRAFÍA Y MEMORIAS, 2023



www.cuadernosdelaberinto.com

Para mi hija Ana.

*Con la esperanza de que aprenda que la verdad
no solo nos hace libres: también nos redime.*

PRESENTACIÓN

POR FERNANDO R. DE LA FLOR

Explorar en las tinieblas

Mi amistad con Carlos Sá Mayoral puede fecharse con bastante precisión. A principios de los años 80 publicaron un artículo mío en la revista de la Diputación de Salamanca sobre el Fuerte de la Concepción que mandara edificar el duque de Osuna en la frontera con Portugal. Después de leerlo, Carlos averiguó dónde trabajaba y no tuvo reparos en abordarme para compartir conmigo sus hallazgos en la fortificación, tras haberse adentrado en ciertas galerías inexploradas hasta la fecha. Me impresionaron los riesgos que había asumido con el fin de saciar su curiosidad, desestimando las advertencias que le habían hecho sobre la peligrosidad de introducirse en aquellas cavidades.

Han pasado, por tanto, muchas décadas y también muchas horas de tertulia tratando todo tipo de asuntos, pero fundamentalmente sobre temas de historia en general y de Salamanca en particular. Tengo a Carlos por el mayor erudito sobre la Guerra Civil en la capital charra. Su posicionamiento ha ido evolucionando hasta llegar a un postulado vehemente frente al azote totalitario que padeció esta ciudad, toda la

península y el resto de Europa en las décadas de los 30 y 40 del siglo pasado.

Precisamente Salamanca fue junto con Burgos, durante un breve espacio de tiempo, una de las dos capitales de los sublevados contra la República, estableciéndose aquí el mismísimo Cuartel General de Franco, además de gran parte de la maquinaria estatal de su nueva España.

Fue a principios de 2018 cuando Carlos me pidió ayuda en la interesante investigación que tenía entre manos y que ha dado origen a este libro. Tras hacerme prometer guardar secreto absoluto, me espetó la confidencia: todo apuntaba hacia la posibilidad de que Unamuno podía haber sido asesinado por orden del general Franco.

Llevaba tiempo con el asunto, tras haber podido leer un documento del Servicio de Inteligencia Militar que, oculto durante años, había vuelto desgraciadamente a desaparecer. Sí tenía acceso a una carta vinculada a dicho documento, dirigida por Unamuno a Henry Miller en diciembre de 1936, descubriendo una relación epistolar interesante en sí misma. Me habló del único testigo del óbito del escritor vasco, Bartolomé Aragón, y de los trabajos entorno a él de Antonio Heredia y Margaret Rudd, así como de las aportaciones de esta última en la desmitificación de la adhesión de Unamuno a la causa franquista. Además, añadió que también sabía que el médico que acudió en auxilio de don Miguel estaba en el punto de mira de la represión de los sublevados. Y, muy elocuentemente, me convenció de que el relato oficial de aquél repentino fallecimiento apenas podía sostenerse en pie.

Carlos aún tenía algunas incógnitas por resolver, que no podía dejar al azar, teniendo en cuenta la gravedad del asunto. No olvidemos que se trataba de intentar demostrar la posible implicación del Jefe del Estado del momento en la desaparición de uno de los más grandes intelectuales de la historia de España.

Finalmente ha reaparecido el informe del SIM —ahora ya custodiado en un archivo público— y también la oportunidad de publicar

el trabajo de varios años de investigación exhaustiva sobre un asunto complejo.

Tanto la relación de Unamuno con las autoridades franquistas como algunas de las circunstancias de su fallecimiento, han sido tratadas por otros autores. Pero mi amigo Carlos ha conseguido descubrimientos sorprendentes, ahora al alcance del lector, al adentrarse en los sótanos más profundos de aquel Estado español en guerra, iluminando algunos rincones tan oscuros como las galerías en ruinas del Fuerte de la Concepción.

P R E F A C I O (SÍNDROME DE SCOTT)

Cuando tuve noticia de la existencia de los documentos que van a verse publicados en este libro, fui consciente de la importancia que tenían para aclarar algunos aspectos importantes sobre la historia de España y, más concretamente, sobre la historia del franquismo. De su lectura inicial ya se deducía —y anticipo aquí— que Francisco Franco había podido tener un papel determinante en el destino final de Miguel de Unamuno. Pero la sospecha de un crimen, en este caso de Estado, para acabar con la vida del más universal de los intelectuales españoles de su tiempo, no podía siquiera plantearse sin recabar la mayor cantidad de información posible antes de lanzar al aire una hipótesis tan grave y trascendente¹.

Han sido años de desplazamientos a archivos por varias ciudades españolas, de compra de documentos que permanecían ocultos en ma-

1 Inicialmente solo conté con una fotografía en la pantalla de mi ordenador con la imagen de un supuesto informe del Servicio de Inteligencia Militar y con fragmentos de una carta de Miguel de Unamuno —que parecía estar dirigida a Henry Miller—. Estos documentos aparecieron durante unos breves días en Internet, en donde se habían puesto a la venta. Me pareció material suficiente para empezar a plantearme el estudio del final de la vida de Unamuno desde una perspectiva diferente a la versión de otros autores. Meses después conseguí tener en mis manos la misiva, pero el informe dejó de estar a mi alcance. No obstante, pude coleccionar la imagen en mi poder con otro documento original firmado por el mismo militar —custodiado en el archivo militar de Segovia— convenciéndome de la autenticidad del mismo. Era un grave inconveniente no tener el original, pero como ya he dicho, eso no supuso —ni podía suponer— un obstáculo para hacerme desistir en la investigación, dada la trascendencia de lo que parecía demostrar lo que pude leer. Los esfuerzos para que el documento original apareciera han dado sus frutos y finalmente quedará custodiado en un archivo donde tengo la convicción que no será destruido ni ocultado, de tal modo, que solo la fortuna hiciera posible que los investigadores pudiesen dar con él, como ha ocurrido, por ejemplo, con la solicitud por parte de Franco de un servicio de espionaje trascendental para comprender la persecución a la que el jefe del Estado del momento sometió a don Miguel de Unamuno. De hecho, la publicación de este libro impedirá sin duda que este material permanezca otros 80 años en el olvido.

nos de particulares², de consultas en hemerotecas de forma presencial o virtual en España, en Francia y en Portugal; de entrevistas con eruditos en materia unamuniana y horas, muchas horas de lectura y reflexión. El tiempo transcurría —los gastos también— en una actividad que ha llenado una parte de mi vida, tratando de localizar entre los archivos (públicos o privados) y la ingente bibliografía de la Guerra Civil documentos o testimonios que abalaran mis hipótesis.

Si algo he aprendido en todo este tiempo, es que una investigación exhaustiva puede prolongarse eternamente. Siempre se cree que se podría buscar tal o cual cosa en uno u otro lugar y de este modo, con temor a no conseguir todo el material posible para reforzar tus teorías, se prolonga innecesariamente algo que debería zanjarse en un momento determinado. De manera que me propuse una fecha para dar fin al proceso de indagación: el 31 de diciembre de 2021, 85.º aniversario de la muerte de Miguel de Unamuno. Después vendría el momento de ordenar todo y elaborar este texto que usted está leyendo.

Todo mi esfuerzo se compensaría con poder participar en el debate de la historia en torno a Miguel de Unamuno gracias a esto. Por eso, cuando a finales de octubre del año 2020 supe el tema que trataba Manuel Menchón en su documental *Palabras para un fin del mundo*, recibí la noticia con el mismo entusiasmo que debió sentir el capitán Scott en el momento de leer la nota que Amundsen le había dejado pocos días antes, dentro de una pequeña tienda de campaña en pleno Polo Sur. Y como la del inglés, mi moral sufrió un terrible bajón, pues parecía —aún no había visto el trabajo del cineasta— que todo aquello que pretendía descubrir y publicar, había sido tratado ya por otro autor y lo daba a conocer antes que yo. De este modo quedé convencido de que ya nadie tendría interés en imprimir este libro que el lector tiene ahora en sus manos, dando al traste con el único premio que deseaba recibir tras varios años de trabajo.

2 He pasado años visitando páginas web especializadas, librerías de viejo, anticuarios y «rastros» dominicales —sigo haciéndolo, sin reparar en gastos— para recuperar documentos que, de otro modo, es muy posible que se hubiesen perdido para siempre. Cuando por razones de índole económica me ha sido imposible su adquisición, he tratado de reconducir al vendedor hacia alguna institución pública, haciendo un informe sobre los mismos para convencer a dicha institución sobre la oportunidad de adquirirlos. Un objetivo que he logrado en ocasiones. Algunos de estos documentos aparecerán a lo largo de esta obra.

Cuando poco tiempo después, el documental llegó a Salamanca, me armé de valor, compré mi entrada y me senté en una butaca del cine donde se proyectaba. No sé si el capitán Scott, paladín del Imperio Británico, hubiese querido conocer el relato que el noruego Roald Amundsen, representante de un pueblo más pequeño y modesto, escribió sobre su hazaña. En cualquier caso, no tuvo oportunidad de hacerlo al no sobrevivir a su expedición. Yo al menos seguía vivo.

Al terminar la proyección y encenderse las luces de la sala, mi horizonte volvió a iluminarse de nuevo. De hecho, había conseguido disfrutar con el documental y también darme cuenta de que aún podía aportar muchas cosas caminando en la misma dirección que el cineasta.

En resumidas cuentas este estudio tiene una triple finalidad:

Primero, dar noticia de la persecución a la que fue sometido Miguel de Unamuno por parte de Francisco Franco, utilizando a los servicios secretos desde el altercado del 12 de octubre, como trataremos de demostrar documentalmente. Persecución que pudo derivar en un complot contra la vida del intelectual bilbaíno.

Un segundo cometido es descubrir al público la relación entre Henry Miller y Miguel de Unamuno, que posiblemente sorprenderá a muchos.

Y como tercer propósito, dar a conocer más aún la obra de la primera biógrafa de Unamuno que denunció que el escritor nunca fue franquista —como se ha pretendido— y advierte sobre algunos puntos misteriosos del final de la vida de don Miguel.

Los dos primeros puntos se desarrollaron en un contexto de Guerra Civil que destrozó física y anímicamente el país. Una época en la que la violencia se extendió por tierra, mar y aire.

Un conflicto bélico que fue posible, entre otras cosas, gracias a los auxilios extranjeros recibidos por Franco en la fase inicial. De no haberse contado con la ayuda de aviones alemanes o italianos, las unidades militares implicadas situadas en el norte de África, hubiesen tenido serias dificultades para atravesar el estrecho de Gibraltar. Sin la aportación de ese flujo de tropas experimentadas hacia la península ibérica, la rebelión se hubiese apagado en unas semanas en las ciudades donde prosperó.

La ayuda militar hitleriana convirtió a España en el primer país del mundo en ver evolucionar a los tanques nazis fuera de territorio alemán, dejando a Austria y Checoslovaquia por debajo en el podio. Las primeras víctimas mortales por recibir cañonazos de la *Kriesmarine* no fueron los soldados del arsenal polaco de Danzig en septiembre de 1939, sino los indefensos vecinos de la ciudad de Almería en mayo de 1937, (de derechas o de izquierdas, que los obuses disparados desde los barcos alemanes no sabían distinguir). Y Madrid —¡sí, Madrid!— consiguió el macabro récord de ser la primera capital de Europa —que no Varsovia— en ser bombardeada por aviones alemanes pilotados por miembros de la *Lufwaffe* nacional-socialista, pilotos que consiguieron otra proeza en Guernica, primera ciudad arrasada con bombas nazis. Y sí, también hubo tanques, aviones y soldados rusos y de otras nacionalidades solicitados por el gobierno. Es cierto que las armas soviéticas costaron a la República su peso en oro. Eso demuestra que Stalin fue más un oportunista que un aliado³.

La lectura de *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca, 1936*, de Carlos Rojas, además de descubrirme pormenores del enfrentamiento de Unamuno con Astray, me acercó a la obra *The Lone Heretic*, de Margaret Rudd. Rojas menciona a Bartolomé Aragón y da alguna pincelada de misterio, pero es Rudd la que logra transmitir —ya lo hemos comentado— que hay algo extraño en la presencia de Aragón en casa del exrector el último día de su vida.

Sabiendo que había sido soldado, pedí información sobre Bartolomé Aragón Gómez en los archivos militares de Segovia y Ávila. En este último me facilitaron el expediente militar del interfecto, entre otros documentos cruciales para el desarrollo de esta investigación. Siguiendo las pesquisas del último visitante conocido de don Miguel, encontré el artículo de Antonio Heredia publicado en el año 2000, en la revista *Naturaleza y Gracia* que suponía la primera biografía extensa de Bartolomé

3 Existen más hitos nazis logrados en la península ibérica: las primeras transmisiones —en combate— encriptadas con las famosas máquinas de cifrado llamadas Enigma, que tantos quebraderos de cabeza dieron a los aliados durante la segunda Guerra Mundial. Los primeros disparos contra blancos reales de los cañones antiaéreos de 88 mm que el general Rommel empleó luego en África entre 1941 y 1943 contra los tanques ingleses, etc. La Guerra Civil española fue para los nazis el terreno de pruebas para la Segunda Guerra Mundial.

Aragón⁴. Proporciona muchos datos de interés, entre ellos la aclaración de uno de los bulos: que no era exalumno de Miguel de Unamuno. Algo que había servido, junto a otras circunstancias, para intentar justificar en el acervo popular la presencia de Aragón en casa de Unamuno aquella fatídica jornada de su óbito.

Para contrastar de modo fehaciente el dato, seguí el camino de pedir sus expedientes académicos en los centros donde el último visitante de don Miguel confesó a Antonio Heredia haber estudiado, en la Universidad de Sevilla y en la desaparecida Universidad Central de Madrid (cuyos archivos se conservan en la Complutense). Este último informe me fue remitido por correo electrónico el 26 de abril de 2018, quedándome desde esa fecha demostrado que Bartolomé Aragón jamás fue alumno de Unamuno⁵.

Pero nuestra investigación no se tenía que centrar en la persona que estuvo en la casa de Unamuno el día de su fallecimiento, sino en quién lo podía haber organizado en caso de que dicho fallecimiento no se hubiera producido por causas naturales.

Esto es lo que queremos añadir al debate de la historia sobre la muerte de don Miguel de Unamuno. Para hacerlo, aportaremos datos inéditos. Pero también repetiremos testimonios ya publicados, algunos poco divulgados, asociándolos con lo que pretendemos demostrar.

El trabajo cinematográfico de Manuel Menchón había vuelto a abrir —como en su momento hizo Margaret Rudd— la caja de los vientos que ya habían recorrido tiempo atrás las calles de Salamanca en el último y frío día del año de 1936.

4 La primera semblanza biográfica conocida de Bartolomé Aragón fue la que apareció en la también primera edición de *Who's who in Spain* (Barcelona 1963). Obra curiosa que recoge 6.000 pequeñas biografías —incluidas de forma indiscreta direcciones y teléfonos— de los ciudadanos más prominentes, entre los más de 31 millones de españoles censados aquel año. Leyendo *Who's Who* podemos saber que Bartolomé se había formado académicamente en Madrid, París e Italia. Nunca en Salamanca. De modo que también se puede deducir ya con la lectura de esta guía la imposibilidad de la mencionada relación alumno-profesor entre Aragón y Unamuno.

5 Manuel Menchón, también preocupado por el mismo asunto, empleó el método de buscar la ficha de alumno en la Universidad de Salamanca, donde no apareció expediente alguno como estudiante.